

LOS MITOS DE ÍCARO Y PROMETEO EN LA OBRA DE SEVERINO SALAZAR

Gonzalo Lizardo



*Detrás de toda obra y creación humana, siempre se agazapa el mito. Como resulta imposible deslindarse de él, algunos creadores han preferido utilizarlo para volverlo más sugerente a su obra. Severino Salazar es uno de los narradores zacatecanos que con mayor transparencia cimientan su obra en los mitos que conforman nuestra identidad. En el presente ensayo, tratamos no sólo de discernir la mitología cristiana latente en las páginas de su novela *Desiertos intactos*, sino de relacionarla con las fuentes clásicas que la nutrieron: en especial, las fábulas míticas de Ícaro y de Prometeo.*

I) LAS CATEDRALES DE SEVERINO SALAZAR

A primera y superficial vista, la característica más notable de la novelística de Salazar es su unidad temática y estilística: como si cada novela fuera capítulo de la misma obra. Resalta

en primer lugar la unidad geográfica: todas sus historias giran, se refieren, se multiplican, emigran, retornan y ramifican alrededor del mismo paisaje, la misma tierra: Zacatecas, Tepetongo, Jerez. Sus personajes, en segundo término, se repiten arquetípicos en una y otra novela: el protagonista atormentado por ilusiones o sueños pecaminosos, su mujer resignada a la vida y sus designios, el sabio rebosante de sentido común y sabiduría popular —y claro: también los locos: la mujer que sube barriles al cerro o el idiota que embaraza a la sirvienta. Todas estas reiteraciones aliteradas en cada una de sus tres novelas son evidentes, quizás demasiado: forman parte del discurso superficial del autor: aquél que el lector percibe de manera inmediata, sin rodeos. Pero existen otros niveles (o perspectivas o caminos) para leer reflexivamente cualquier novela. En el caso de Severino Salazar, encuentro una constante más sugerente y productiva: el hechizo que ejerce sobre el autor la época colonial,¹ cuando se construyeron las catedrales y «la modernidad aún no le echaba su huella maligna» a la ciudad. Tal hechizo me parece significativo porque hace eco de una nostalgia colectiva que muchos zacatecanos sienten por aquellos hombres que edificaron no sólo nuestras ciudades, sino también nuestro espíritu. Así lo explica el autor a través de Gerardo, protagonista de *Desiertos intactos*:

Porque la fascinación que el pasado ejerce en nosotros tiene su fuente en una deficiencia para entender la vida, la cual nos parece cada vez más misteriosa, y queremos saber con urgencia si entonces se poseía una respuesta, una fórmula que la explicarla; para comprobarnos —con cierta morbosidad y malsano regocijo— que aquellos hombres estaban también equivocados como nosotros, para descubrir en qué nos seguimos pareciendo a ellos. Para no estar tan solos [SALAZAR, 1990: 280-281].

Esta respuesta suena (tal vez a propósito) demasiado ambigua. Nos explica por qué el pasado histórico seduce al autor, pero evade la cuestión fundamental: ¿por qué, reiterada y obsesivamente, la época colonial? ¿Por qué no la guerra de Reforma, por ejemplo, o el ocaso olvidado de La Quemada? ¿Qué respuesta busca en aquellos siglos? ¿Qué se perdió en ellos? ¿Qué pecado original se cometió entonces? Para despejar estas incógnitas entre las líneas de su obra, podemos recurrir a un párrafo clave de su primera novela, *Donde deben estar las catedrales*:

Se quedó mirando al calendario a media pared y se preguntó: «¿El amor será como construir una catedral?» Y se dijo una vez más que la vida era absurda y fútil, que la vida sólo tuvo sentido por estos rumbos cuando se construyó la catedral. Se dijo que su vida habría tenido sentido si él hubiera sido uno de los albañiles que subían sobre sus hombros piedras labradas para construir la catedral... La habían hecho hombres como él mismo, afanados en no dejar un espacio libre de ornatos, hombres que, como él, le tenían horror al vacío, a la nada, al desperdicio. Hombres que tenían miedo de encontrar el mensaje de la nada en la nada [55].

Ahora sí poseemos un indicio básico: La vida sólo tuvo sentido cuando se construyó la catedral. Salazar se refiere a ella, por supuesto, no tan sólo como edificio monumental o como obra de arquitectura sacra, sino como símbolo de la totalidad ontológica —como expresión de una idea del mundo edificada por ciertos hombres. Pues, tal como lo apunta Mircea Eliade, desde el medievo, las catedrales son alegoría cosmogónica del universo y su devenir:

El templo constituye una imago mundis... porque el Mundo, en tanto que es obra de los dioses, es sagrado. Pero la estructura cosmológica del templo trae consigo una nueva valoración religiosa: lugar santo por excelencia, casa de los dioses, el Templo resantifica continuamente el mundo porque lo representa y al mismo tiempo lo contiene [Eliade, 1992: 56].

Al construir un templo (una cosmogonía, una mitología) y hacer de él un recinto de los dioses, el hombre religioso separa el mundo de lo profano y de lo sagrado: crea un límite que le permite comprender el mundo al diferenciar sus partes. Por ello Santo Tomás de Aquino describió su *Summa Teologica* como una catedral lingüística, filosófica y teológica, porque en ella no sólo representaba la totalidad teológico-ontológica, sino delimitaba los alcances del ser y del saber humano en relación con la totalidad divina. La catedral se vuelve entonces emblema del Mito totalizador, imago mundis que con sus muros nos protege del absoluto pero también nos aprisiona, que nos brinda su hospitalidad pero nos prohíbe transgredir sus límites. Podemos entonces alterar la frase de Severino Salazar, para descubrir que La vida sólo tuvo sentido cuando se construyó el Mito, cuando pusimos límites a nuestra existencia y los respetábamos.

II) ÍCARO, PROMETEO Y EL CONOCIMIENTO VEDADO

A lo largo de *El mundo es un lugar extraño* y *Desiertos intactos*, Severino subraya esta necesidad de respetar los límites, de vivir en armonía con ellos, de mantenerse en su sitio para que la vida fluya a través de nuestros cuerpos sin ningún obstáculo. Por eso Valente y Gerardo —los respectivos protagonistas de ambas novelas— se parecen tanto en sus disparatadas inquietudes espirituales como en su voluntad de aislarse del mundo. Ambos, además, injertan plantas para obtener especímenes excéntricos como señal de su deseo por cambiar el mundo, la creación: por traspasar los límites —pues el injerto, según Juan-Eduardo Cirlot, simboliza «la intervención artificial en el reino de lo natural»². Y en consecuencia ambos son advertidos:

Un hombre en paz y sin ningún resentimiento con la vida acepta estos fenómenos y los ve pasar a lo largo de su existencia como ve pasar las estaciones, como ve caer la lluvia o brillar el sol, sin que eso lo altere o le cause un disturbio en su alma. Como tampoco un hombre en armonía con la naturaleza de su alrededor —que la acepta como Dios la creó y se la dio— hace algún esfuerzo para agrandarla o disminuirla, por algún capricho que también le está deformando el corazón, debido a alguna anomalía en la constitución de su alma [Salazar 1989: 164].

Y «El que busca, halla», siempre les había dicho don Daniel cuando él y sus hermanos se iban a quejar con él para que les impartiera justicia; porque si acudían al padre o a la madre se conseguía lo contrario: con ellos sólo había parcialidad y motivos para cobrar viejas venganzas, que ellos tan pequeños entonces no atinaban a comprender completamente. Así había aprendido que el buscar era algo malo, porque se encontraba uno con el sufrimiento, la injusticia, el coraje, el odio, la impotencia; uno salía herido irremediable, irreparablemente. Lo mejor, de acuerdo a don Daniel, era no buscar para no encontrar nada [1990:11-12].

Severino Salazar es claro (incluso reiterativo): el hombre que busca modificar la naturaleza tiene el alma distorsionada, por lo que sólo encontrará dolor y escarmiento. Sus admoniciones contra tal soberbia intelectual nos remiten a la exégesis que los teólogos

católicos dieron a los mitos de Ícaro y de Prometeo. Recordemos que el primero, al huir del laberinto de Minos, intentó volar demasiado alto, de tal manera que el sol derritió la cera de sus alas y lo precipitó al océano. Mientras que Prometeo, deseoso de llevar el progreso a los hombres, robó el fuego del Olimpo: en castigo, los dioses lo encadenaron y permitieron que un águila le devorara eternamente las entrañas. Ambos quisieron ir más allá de donde debían y ambos recibieron su castigo, por lo que en la Europa del siglo XVI y el siglo XVII (es decir, también en la Nueva España), sus tragedias fueron utilizadas como advertencia contra todo tipo de conocimiento que transgrediera los límites del dogma. Así lo explica Carlo Ginzburg:

Tanto Ícaro, precipitándose desde el cielo, como Prometeo, castigado por haber robado del cielo el fuego divino, fueron vistos como símbolos de los astrólogos, de los astrónomos, de los teólogos heréticos, de los filósofos proclives a las ideas audaces, de ciertos no bien caracterizados teóricos de la política. En algunos casos resulta posible desentrañar las oscuras alusiones implícitas en estos libros de emblemas. En el que es tal vez el más famoso de todos, los *Emblemata*, de Alciato... se incluye un emblema de que representa a Prometeo encadenado, mientras el águila le roe el hígado. Ostenta la sentencia... «de lo que está por encima de nosotros, no debemos ocuparnos», y el comentario en versos latinos reza de esta forma: «los corazones de los doctos que quieren investigar la naturaleza de los cielos y de los dioses son roídos por toda clase de afanes» [Ginzburg 1989: 98].

Como vemos, Severino Salazar no recurre a la época colonial para «sentirse menos solo», sino para recuperar algo que hemos perdido en nuestra época: el respeto hacia lo sagrado, hacia aquello que ningún humano debe tocar sin recibir su justo castigo. Tal como era de esperarse, Valente Reveles, en *El mundo es un lugar extraño*, cae víctima de sus ilusiones: mata a su familia, pierde sus posesiones y es encarcelado; de hecho, los acontecimientos que nos describe la novela no son los reales, sino los que ha soñado Valente durante su cautiverio. A mi parecer, eso no altera la argumentación del texto, sino que la refuerza: también durante los sueños podemos pecar contra la inmutable sagrada naturaleza.

...hay una canción que canta un ciego por las calles de la ciudad, es una narración robada a los huicholes; habla de un hecho que se debe repetir cada cien años: un hombre debe nacer, retirarse del mundo, entablar un diálogo con la naturaleza y comenzar una lucha a brazo

partido con ella. Después, debe pagar con su propia sangre su tremenda osadía [Salazar, 1989: 14].

Por supuesto, Severino Salazar extrapola su metáfora hacia una significación ecologista: por haber violentado la frontera que restringía nuestro saber bajo el yugo del dogma, hemos pecado contra el mundo, lo hemos llenado de bolsas de plástico y pañales desechables, de humos tóxicos y todo tipo de escoria. Pero no sólo aquellos que intentan cambiar la naturaleza son castigados; también aquellos que, mediante revoluciones o revueltas, se proponen modificar el orden humano, social o político. Así lo expresa Juana Gallo, la ex-revolucionaria que, al final de *El mundo es un lugar extraño*, vagabundea enloquecida por la ciudad:

Todos tenemos historias diferentes qué recordar. Muchas de ellas son heroicas. Pero todos somos como abortos de la epopeya. Todos fuimos despertados de un sueño grandioso. Todos hemos ido en busca de lo grande, de la justicia, de la paz, y los que pudimos regresar estamos corrompidos, desfigurados, inválidos, sin forma. Todos los hombres y mujeres grandes de esta ciudad terminan así: mal [174].

Es obvio que a los ojos del autor, el afán de transformar la naturaleza o la sociedad, contiene el germen de la tragedia. Y como la historia del hombre (véase Kant) está animada por ese afán de transformación, toda la historia debería anularse, suprimirse, es decir:

que los hombres deben dejar la ciudad, regresar a las cavernas, a la vida nómada y solitaria entre los valles y habitar las cuevas del Cañón de Juchipila. Vivir de la caza y de la recolección. Que la vida debía comenzarse de nuevo para que tomara otro rumbo. Que todo había estado mal desde el principio [55].

Parece demasiado claro el mensaje que Severino Salazar quiere transmitirnos a través de sus narraciones. Sin embargo, las cosas no deben simplificarse demasiado. No por lo pronto. Para someter a prueba estas intuiciones, tendremos que analizar la relación que se establece entre los diferentes Prometeos e Ícaros que habitan la novela más lograda de Severino Salazar: *Desiertos intactos*. En ella encontraremos desarrollado con mayor solvencia el mito del conocimiento vedado, aunque sus bases mitológicas no sean tan transparentes como en *El mundo es un lugar extraño*.³

III) LOS DESIERTOS INTACTOS DE GREGORIO LÓPEZ

Desiertos intactos desarrolla dos historias alternas. Por un lado, los habitantes del rancho la Chaveña, compuesta por don Cayetano y doña Ermila (los padres) y por Aristeo, Gerardo, Luis, Lázaro y Susana (los hijos), además de don Daniel, el sirviente y capataz del rancho, que se ha ganado la confianza de sus patrones al punto de volverse parte de la familia. Por el otro, Gerardo nos relata la historia de Gregorio López, presunto hijo del rey Felipe II que por su escandalosa vida es repudiado por su padre y debe huir de España para refugiarse en los desiertos de la Nueva Galicia. Ahí construye una cabaña, con la ayuda de los chichimecas (seducidos por la presencia de un hombre blanco que vive de manera tan semejante a ellos), y se dedica a la contemplación del desierto, alejado de los rituales católicos y de toda imagen sagrada, convirtiéndose así en el primer ermitaño del Nuevo Mundo. Su fama crece tan rápido por los alrededores, que pronto se le atribuyen toda clase de prodigios (por ejemplo, que fueron los ángeles quienes construyeron su cabaña), de tal manera que atrae la mirada de los sacerdotes y los inquisidores. Sin embargo, todos los espías que la Iglesia le manda para indagar en su pensamiento, terminan admirando su sabiduría y pidiendo que lo dejen en paz. El propósito del eremita, en un principio, parece muy cercano a la santa ignorancia de los santos que ven en el conocimiento una afrenta a Dios:

He tratado por todos los medios humanos a mi alcance detener el curso de mi mente, de suprimir el pensamiento, acallar los juicios, sofocar mis opiniones sobre el mundo, los hombres y la naturaleza: sin ejercicios del cuerpo, sin oración y sin sentimientos por días y meses; por años [Salazar 1990:159].

A pesar de ello, su indagación espiritual, su negación del ritual católico, forman (paradójicamente) parte de una búsqueda: un intento de superar las limitaciones que a Gregorio le imponían la corte real, la sociedad, el mundo y la misma religión. Y así se lo hará saber esa calavera que el eremita siempre carga en su morral, el cráneo de un aventurero que murió buscando la mítica ciudad de El Dorado:

El mismo desierto tenía para ti ciudades celestiales; para mí, ciudades de oro. Una insatisfacción que venía más allá de nosotros nos condujo a este desierto. En eso somos iguales. Para satisfacer esa necesidad llegamos aquí tú y yo. Aunque con tu mirada me quieras decir que la mía es baja y la tuya sublime. Ambas son inspiradas por un demonio que vino del exterior. Y ambas tienen lugar sobre las arenas del mismo desierto. Un demonio que empezó por decirnos, primero muy quedito y después a gritos, que carecíamos de algo primordial, vital... Mi interrogante está contestada, yo me fui con mi duda aclarada: las ciudades de oro no existen, eran espejismos en el desierto [199].

Ergo, hay búsquedas válidas y búsquedas insensatas: mientras el aventurero busca enriquecerse, el eremita desea redimirse. El primero paga su osadía, pues descubre que vivió encandilado por un espejismo. Mientras que el eremita, en recompensa, triunfa y consigue su objetivo, según su seguidor, el Bachiller Consuegra:

Nos dejó dicho que había experimentado el infinito en esas soledades. Pues vive entre los fieros indios chichimecos. Hombres sin fronteras en sus mentes. Que no conocen los límites. Son nómadas y el desierto donde viven se antoja infinito. Entre ellos no existen las fronteras familiares o de sangre como nosotros las conocemos. Porque la sangre no tiene fronteras... Son hombres que se parecen a Dios, nos dejó dicho [263-264].

La conclusión que el novelista extrae de la vida de Gregorio López suena contradictoria: es malo buscar y transgredir los límites, excepto cuando perseguimos —precisamente— abolir los límites y comulgar con el infinito e ilimitado Dios. Pero la contradicción es aparente: en realidad, el mito germinal se encarga de distinguir esas dos búsquedas: mientras Ícaro se acercó al sol (dorado como las ciudades aéreas) sólo para complacer un anhelo egoísta, Prometeo robó el fuego del Olimpo para llevar el bienestar a los hombres. En consecuencia, Ícaro (como el aventurero de Desiertos intactos) muere sin remedio, mientras que Prometeo es rescatado por Heracles y conducido al Olimpo.

IV) LA HIEROFANÍA DE GERARDO

Sí, comparemos mitologías: antes de cometer su afrenta, Ícaro acababa de edificar (junto con su padre Dédalo) el laberinto de Minos, y Prometeo se había metido a hurtadillas en el

Olimpo para cometer su robo. Es decir, ambos provenían de un lugar sagrado. En Desiertos intactos Gregorio López procuró el desierto para encontrar ahí la hierofanía: para que ahí se manifestara la revelación divina: lo sagrado. Según Mircea Eliade, el acto que funda cualquier manifestación religiosa consiste en consagrar un lugar adecuado para el culto y el ritual, para facilitar la comunicación del hombre con los dioses y para darle al mundo un centro:

En la extensión homogénea e infinita, donde no hay posibilidad de hallar demarcación alguna, en la que no se puede efectuar ninguna orientación, la hierofanía revela un «punto fijo» absoluto, un «Centro»... Por esa razón el hombre religioso se ha esforzado por establecerse en el «Centro del Mundo». Para vivir en el mundo hay que fundarlo, y ningún mundo puede nacer en el «caos» de la homogeneidad y de la relatividad del espacio profano. El descubrimiento o la proyección de un punto fijo —el Centro— equivale a la Creación del Mundo [Eliade 1992:26].

A imitación de Gregorio López, el primer acto que emprende Gerardo (para consagrar su nueva vida como ex seminarista) es construir su propia casa —donde erigirá el centro de su mundo. Y lo hace en un sitio muy especial (pues semejante fundación sólo puede hacerse en un sitio propicio, revelado mediante signos): el Coamil del ahorcado, cerca de un mezquite donde un cristero se suicidó. En la construcción de su nuevo «templo», no acepta ningún tipo de auxilio intelectual: para trazar los planos se inicia en la ingeniería, para levantar los muros él mismo dirige a los albañiles. Después se casa con una ex-prostituta y con ella procrea una hija. Y ahí se queda. Después de erigir su recinto de lo sagrado, interrumpe su búsqueda, recordando quizás aquella frase de Don Daniel: el que busca halla. Porque, al contrario que Gregorio López, Gerardo no trata de abolir límites, sino de erigirlos por donde quiera —y ese fue su error—: le prohíbe a su hija que se suba al árbol injertado que él mismo plantó o que hable durante las comidas; le impide a su esposa que use ropa negra pues

...el negro era el colmo del egoísmo... de todos los colores era el único que no reflejaba la luz, que la retenía, no la dejaba correr [Salazar 1990:304].

Y, por último, él mismo es víctima de su terquedad: cuando va de expedición con su familia a ese cerro cuya silueta le recuerda el perfil de una mujer, no resiste la tentación de subirse a un árbol para satisfacer el egoísta capricho de divisar su casa desde ahí. En consecuencia, Gerardo cae como Ícaro y se queda paralítico. Entretanto, a su alrededor, se precipitan las desgracias: una peste que acabó con las aves del corral, un relámpago que derribó el mezquite del ahorcado, la crecida del arroyo, la muerte de don Daniel y la noticia de que el padre y el hermano de Gerardo se dedicaban al cultivo de la marihuana... Al parecer, su conocimiento de las enseñanzas de Gregorio López no le sirvieron sino para acarrear la tragedia —a sí mismo y al mundo que lo rodeaba. Conciente de ello, Gerardo no se culpa: nada buscó, pero la tragedia se encargó de encontrarlo. Y (tal vez embargado por la decepción o la resignación), le niega a su hermana Susana la existencia del anacoreta de Indias:

—...Oye, y a propósito de contar, ¿qué fin tuvo tu indagación sobre el ermitaño aquél?

—Nunca existió. Fue un invento de la gente de su tiempo. A lo largo de los años cada quién le agregó un pedazo a la leyenda. Sus contemporáneos se comportaron como si en realidad hubiera vivido entre ellos. Después se comportaron como si hubiera muerto. Y lo recordaron con dolor, como se recuerda a alguien que los dejó; lo extrañaron... ¿Pero sabes lo que en realidad era? Fue una invención de los criptojudíos, pues querían distraer a los de la inquisición y lo lograron. Éstos se fueron con la finta de una herejía. Y llegaron a la conclusión de que se trataba de uno más de los iluminados del Nuevo Mundo. Se tragaron el

anzuelo.

—No te creo. No pudo ser una mentira y que todo se conjugó para que así sucediera.

—Bueno, y a todo esto, ¿qué importa discutir su existencia? ¿Acaso la existencia tiene límites? He aprendido, y esto es lo importante, que no hay fronteras entre existir y no existir. Somos partículas de energía que nos transformamos, a la deriva en el infinito [312-313].

¿Qué significa para Gerardo la inexistencia del anacoreta? ¿Qué si hubiera existido jamás hubiera escapado del castigo inquisitorial? ¿Que su búsqueda fue exitosa porque jamás la emprendió? A través de este paradójico fragmento, Gerardo (ergo, el autor) soluciona impunemente el problema de la tragicidad existencial: todo nuestro dolor, todo nuestro

sufrimiento, es sólo manifestación de una energía que se transforma a la deriva en el infinito. De ahí la circularidad de la vida, el eterno retorno del mito. Por eso la tragedia de Valente Reveles (o la de don Daniel, velada reencarnación de Gregorio López) habla de un hecho que se debe repetir cada cien años: un hombre debe nacer, retirarse del mundo, entablar un diálogo con la naturaleza y comenzar una lucha a brazo partido con ella. Y, por supuesto, pagar su osadía. Audacia que, vista desde ese ángulo, ya no lo es tanto, pues no radica en el individuo, sino en la naturaleza misma de la energía: en la fatalidad.

V) LA CIRCULAR COSMOGONÍA DE LA VACUIDAD

La narrativa de Severino Salazar, como ha podido verse, se sustenta casi exclusivamente en un soporte mítico y existencial. A pesar de las apariencias, no le importa retratar costumbres o evocar realidades objetivas o subjetivas. Todos sus personajes hablan igual, pues sus bocas no hacen sino repetir las palabras que les dicta un autor siempre fiel a sí mismo. Por eso, en *El mundo es un lugar extraño*, tiene que acotarnos a cada instante soy Valente Reveles, o soy Pancracio o soy la ciudad —porque de otra manera jamás identificaríamos al narrador. Y también por eso un mudo jovial, sarcástico y pachorrudo, es capaz de exteriorizar (mediante señas, por supuesto) un soliloquio tan lleno de angustia y desesperanza —aunque sus interlocutores lo tomen como un chiste:

¿Donde tenía Dios la cabeza que a los ricos les dio tanto y a los pobres los dejó como la Magnificat: sin cosa alguna? ¿Dónde tenía Dios la cabeza el día que hizo a las lombrices que viven entre la mierda y además están ciegas? ¿O por qué desperdició tantos colores en las alas de una mosca o tanta carne en el chirrión de los burros, y a los pobres pájaros no les dió ni un centímetro de pito? [236]

Porque en la novelística de Severino Salazar todo está en función del símbolo, de la argumentación oblicua, del sentido misterioso de la vida. Por un lado anatemiza a quienes se rebelan contra el orden natural y social, y los condena a desplomarse —como Ícaro— sobre el laberinto de fronteras que hemos construido. Y, por el otro, nos redime de toda posible culpa y pecado, de toda omisión, de toda lucha: si el mundo es fatalmente trágico, si toda nuestra vida no es sino el eco de otra, milenaria e inmutable, que fluye a través de

nosotros, entonces no tenemos que esforzarnos para vivir ni para darle un sentido a nuestra vida, si no queremos que nuestro corazón —como el de Prometeo— sea roído por toda clase de afanes. Bastará que nos resignemos a permanecer estáticos, dóciles a las condiciones que nos impone el mundo:

Se quiere escapar del mundo, pero no hay escapatoria. Entre más huya, más en el centro estará. Entre más lejos se vaya, más cerca estará [110].

Sí: resignación es la palabra clave. La resignación que practicaban los novohispanos y que ahora se ha olvidado. Porque el autor reconoce que en la época colonial existía la injusticia, se contaminaba con residuos de mina a la naturaleza, se expoliaba a los indígenas y ardían los herejes. Pero todos vivían resignados a esa cosmogonía que les imponía la Iglesia, sin cuestionarla, sin quererla modificar, sin vanas rebeliones, sin soberbias búsquedas. Una resignación muy parecida a la que predicaban La imitación de Cristo de Tomas de Kempis, el Emblemata de Andrea Alciati y los teólogos de la contrarreforma. Sólo porque la resignación que Severino Salazar extraña exige más del hombre, pues no será consolada por ningún dios.

BIBLIOGRAFÍA

- ELIADE, Mircea
1992 Lo sagrado y lo profano. Editorial Labor, 2ª edición, Barcelona.
- GINZBURG, Carlo,
1989 Mitos, emblemas, indicios. Morfología e Historia, Gedisa, Barcelona.
- SALAZAR, Severino
1984 Donde deben estar las catedrales, Katún-Inba-Sep, México.
1989 El mundo es un lugar extraño, Leega Literaria, México.
1990 Desiertos intactos, UAM-Leega Literaria, México.
1992 La arquera loca, UAM-Azcapotzalco, México.

NOTAS

1. En *Donde deben estar las catedrales*, la segunda parte está ubicada durante los primeros años de la fundación de Zacatecas. El último capítulo de *El mundo es un lugar extraño* se remonta hacia esa época para hablar de la permanencia del pasado en esa ciudad. *Desiertos intactos*, nos narra dos historias paralelas: la de los habitantes del rancho La Chaveña y la de Gregorio López, el primer ermitaño de la Nueva España. Por último, la anécdota de *La arquera loca* transcurre (casi) totalmente en el siglo XVI. Debo aclarar que la Nueva España no es el único tema histórico tocado en sus novelas (los años de la Revolución Mexicana también son recreados en *El mundo es un lugar extraño*), pero sí el que tiene más peso, a fuerza de recurrencia.
2. Juan-Eduardo Cirlot, *Diccionario de símbolos*, Editorial Labor, 3ª edición, Barcelona 1994, p. 252.
3. En *El mundo es un lugar extraño*, los personajes tienen características mitológicas perfectamente definidas: Valente personificaría a Teseo, que se introduce al laberinto guiado por el cordel que su mujer le proporciona. Sus hijos, además, se llaman Apolonio y Dionisiana (y ésta, al igual que la mujer de Minos, siente una especie de amor por un toro). Por eso, aunque tal vez parezca forzado aplicar una lectura mítica a *Desiertos intactos*, es obvio que la literatura de Severino Salazar no es ajena a la mitología clásica (aunque difractada por la mitología cristiana).